

LOPEZ BELTRAN, Clara. *Alianzas familiares: élite, género y negocios en La Paz, siglo XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1998. 289 p.

Este nuevo libro de la historiadora boliviana Clara López Beltrán reposa en la tesis doctoral que ella presentó, hace algunos años, en la Columbia University de Nueva York (bajo la supervisión de Herbert S. Klein). Es un estudio sobre el grupo elitario de los vecinos de la ciudad de La Paz a mediados del siglo XVII, y más concretamente en el período 1645-1680. La autora, que es profesora en la Universidad Mayor de San Andrés y miembro de número de la Academia Boliviana de Historia, procura develar los mecanismos que utilizó la *élite* para crear y consolidar su poderío y riqueza, mediante una compleja red de contactos y alianzas familiares; al mismo tiempo, se ponen de manifiesto sus relaciones con la ética, la cultura y la política de aquella época.

López Beltrán define su propia obra como un trabajo de investigación prosopográfica, sobre un pequeño segmento de población, y basado en rigurosa documentación de archivos. “Mi objetivo inmediato —dice— es dibujar un cuadro, más bien impresionista, que ilustre la composición del sector dirigente de la sociedad paceña y de su dinámica reproductiva, haciendo un repaso de la organización de las familias y de su calidad de vida...” (p. 24). Evitando “la reconstrucción imaginaria de los hechos”, ha tomado la mayor parte de su información de expedientes notariales y judiciales conservados en el Archivo Histórico de La Paz y el Archivo Nacional de Bolivia.

En el escenario urbano de La Paz, como en toda ciudad hispanoamericana, se reunían burócratas, eclesiásticos, mercaderes, hacendados y mineros al lado de tenderos, artesanos, sirvientes, esclavos y mendigos. Al frente de este conglomerado social se hallaban los *vecinos*, que tenían casa poblada y eran generalmente de directo origen peninsular. Siendo una modesta ciudad de provincia, alejada de las rutas de transporte principales, La Paz contaba a mediados del siglo XVII (es espacio temporal observado en el presente estudio) con una población total de 8.000 a 12.000 habitantes. La producción de bienes agropecuarios y la redistribución de productos de ultramar constituían la esencia de su actividad económica.

Sólo una octava parte de dicha población; aproximadamente 1.250 a 1.500 personas, conformaban el patriciado o *élite*. Las familias principales de la ciudad eran los Gutiérrez de Escobar, Ramírez de Vargas, Arratia Chirinos,

Barrasa Cárdenas, Arias de Velasco y Díez de Medina, cuyos árboles genealógicos y redes de parentesco son graficados con toda claridad en la obra de López Beltrán. La mayoría de estos linajes patricios descendían de los vecinos fundadores de la ciudad; pero con el paso del tiempo el mercadeo se había convertido en una actividad bien vista y altamente lucrativa, que permitió a inmigrantes recién llegados ascender en la escala social “Mercader y hacendado, éxito asegurado”, es una frase proverbial que repite nuestra autora (p. 69), señalando la costumbre por la cual los hombres de comercio enriquecidos se hacían con tierras: convertirse en latifundista era como la última estación del inmigrante exitoso antes de su definitiva integración al círculo de poder.

En una sociedad de carácter exogámico como la de La Paz, el flujo de migrantes —ya sea de la Península Ibérica o de otros territorios indios— alentó de modo constante la reproducción y desarrollo del grupo dominante. Esos advenedizos, especialmente si eran de raza blanca y de vinculaciones conocidas, fueron acogidos con gran beneplácito en la colectividad paceña. Los unos se sentían atraídos por el eventual “blanqueamiento” de su raza, los otros se veían favorecidos por la alianza con mujeres de la *élite* local, que aportaban al matrimonio su dote, base de la economía familiar. El tejido social de aquella colectividad era, definitivamente, permeable y flexible.

La dote de las mujeres casadas (que merece tratamiento especial en el cap. 6) era una garantía para el sostenimiento de la esposa, ya que permanecía siempre en su poder, como una porción de la herencia de sus progenitores. Formaba parte de las estrategias informales y legales que utilizaron las familias de la *élite* para frenar el impacto de la repartición hereditaria que mandaban las leyes. Según el registro elaborado por López Beltrán, la dote más cuantiosa del siglo XVII es la que recibió dona Inés de Torres y Ramírez de Vargas, paceña criolla de ilustre prosapia, al contraer enlace con el limeño don Gabriel de Castillo de Herrera (hijo de un oidor), en 1655: le correspondieron 38.225 pesos, repartidos en un molino, tierras agrícolas, barras de plata y joyas labradas.

La época que analiza este libro coincide con el firme asentamiento de los criollos, que desplazan a los peninsulares en poderío económico, político y social. Con datos de orden financiero a la mano, se establece que los grandes comerciantes, los dueños de minas y los hacendados eran los individuos más ricos de la sociedad de La Paz. Los patrimonios que se transmitían de una generación a otra —canalizados en las dotes, mandas y donaciones—

eran sobre todo bienes inmuebles, tierras, obrajes y empresas mercantiles en actividad; escaseaban en cambio las alhajas, finos muebles y prendas de vestir elegantes, que correspondían más bien a las sedes de gobierno virreinal, como Lima o México.

Sólo en un capítulo final, el libro toca la riqueza de los caciques y los indios comunes enriquecidos, los llamados *colqueruna* que habían tenido éxito con negocios mercantiles, con productos agrícolas y manufacturas, o con el arriendo de las tierras de comunidad. Por otra parte, aunque sin tomar una postura definitivamente feminista o sesgada por la teoría del género, López Beltrán insiste más de una vez en el decisivo papel que cumplieron las mujeres en aquella sociedad. Recalca que las mujeres, especialmente cuando quedaban viudas, tuvieron en sus manos el patrimonio y la gestión de los negocios familiares.

Además, ellas desempeñaron un rol fundamental en el establecimiento de redes sociales a través del matrimonio, sin descuidar la preocupación habitual por la crianza e instrucción moral de los niños (ya fuesen habidos en legítimo ayuntamiento o fuera de él). Según se postula en este libro, el matrimonio significa un elemento básico para comprender nuestro pasado colonial. La vinculación nupcial era circunstancia propicia para hacer alianza con otras familias y discutir las vías de fusión, permanentes o coyunturales, que repercutirían en el incremento de las fortunas, el poder y el honor.

El relato anecdótico y la descripción de casos notables, que fluyen casi directamente de los legajos originales de archivos, componen la masa del texto de Clara López Beltrán. De manera complementaria, la autora analiza las redes y estructuras del universo social paceño, empleando comparativamente investigaciones para otras latitudes del Nuevo Mundo y un aparato teórico de raíz esencialmente anglosajona; demuestra sin embargo en alguna ocasión que su fuerte no es la historia jurídica o institucional. Refiere por ejemplo, en frase absolutamente confusa y errónea: “Este concepto [de la dote], recogido por Alfonso el Sabio, se incorporó como parte de las leyes de familia en 1369 a las Leyes de Toro; después se impuso en la ley de Siete Partidas de Isabel la Católica, para finalmente ser promulgada en 1505” (sic, p. 168).

Al final de la obra apunta López Beltrán que el método biográfico, privilegiado por ella en su acercamiento a la *élite* de La Paz, le ha permitido “no sólo ubicar a los protagonistas en un primer plano, brindando así una

imagen ampliada de sus actividades y sus logros, sino también hacer un seguimiento de la vida de los individuos en su dinámico desarrollo...” (p. 234). Por este logrado propósito, y por su multiplicidad de referencias y reflexiones, no hay duda de que la historiadora boliviana marca un hito en los estudios de la sociedad indiana colonial. Su libro se inscribe en la corriente, ahora tan manida, de las investigaciones sobre grupos de *élite*, devolviendo a la Historia el frescor de las noticias documentales y el color de la interpretación lúcida y sugestiva.

*Teodoro Hampe Martínez*